

lección 10
28 de mayo al 4 de junio

Las ropas nuevas **del hijo pródigo**

«Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado».

Lucas 15: 32



Lucas 15: 11-32;
Gálatas 4

Introducción

Un vestido de justicia para un hijo errante

Cuando el hijo pródigo decidió volver a casa, pensaba pedirle a su padre que lo empleara como un jornalero más. No creía ser merecedor de nada debido a que había despreciado los consejos de su padre, tomando las decisiones erradas y malgastando su herencia.

Una vez que volvemos a casa, nos trata como si nunca nos hubiéramos ido.

Sin embargo, lo que el padre hizo fue vestirlo con la ropa mejor que había en casa; incluyendo un manto, un anillo y par de sandalias. Aquellos «dones» entregados por su padre, eran una muestra de que la gracia de Dios se extiende a todos los pecadores. Dios continúa aguardando para mostrar su gracia, aunque los pecadores se aparten de él; de la misma forma que el padre esperaba el regreso de su hijo.

Cuando Pablo les habló a los gálatas respecto a la gracia de Dios y a su abundancia, les dijo que él deseaba que ellos crecieran en dicho concepto. Anteriormente, les había enseñado que Jesús vino a la tierra, invadiendo el dominio de Satanás, para hacer a los gálatas sus herederos. Ellos recibieron gozosamente el mensaje de Pablo, siguiendo a Cristo. Sin embargo, después que Pablo se marchó, llegaron otros maestros que afirmaban era necesario ganar la salvación y el favor de Dios, al hacer determinadas cosas. En la actualidad, la parábola del hijo pródigo sigue siendo un ejemplo de la verdadera naturaleza de la gracia divina. El padre (Dios), vistió a su hijo (nosotros) con ropas limpias (la justicia divina). El hijo no había hecho nada para merecer aquellos dones. No obstante, el padre lo aceptó de vuelta en la familia. De igual manera, cuando los pecadores se arrepienten y aceptan la justicia de Cristo como algo propio, vuelven a ser hijos e hijas de Dios. Una vez que volvemos a casa, nos trata como si nunca nos hubiéramos ido. Esa es la gracia de Dios, algo que no merecemos.*

Esta semana, estudiaremos la inclinación del Padre, para revestirnos de su justicia. Asimismo consideraremos la naturaleza de esa justicia, y la forma que «llevar puesta» esa justicia puede afectar nuestras vidas. Mientras estudias, acuérdate de que aceptar su justicia determinará si vas o no a disfrutar de la fiesta que él prepara para nosotros cuando nos volvemos a él.

*Ver: William Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento: Lucas*.

El regreso

Aunque la parábola del hijo pródigo se conoce desde hace miles de años, la misma aun tiene mucho que enseñarnos respecto a la forma en que Dios nos salva del pecado.

El Padre y los pecadores (Luc. 15: 20)

El hijo se marcha a una región lejana, vive una vida alocada y dilapida todo lo que poseía (literal y simbólicamente). Regresa a casa en el momento que enfrenta el fracaso y la angustia, arrepentido y dispuesto a hacer cualquier cosa con el fin de obtener el favor de su padre. Sin embargo, para su sorpresa y para sorpresa de los demás; el padre le da la bienvenida a sus amorosos y perdonadores brazos sin formular pregunta alguna. Ni el tiempo, ni el dinero, ni la rebeldía, pudieron interferir con la paciencia y el amor que mostró por su hijo. «Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida» (Luc. 15: 24). Desde luego, el imponente mensaje que vemos aquí es que Dios es paciente y misericordioso con todos nosotros, sin importar lo que hayamos hecho. Él está dispuesto a recibirnos de vuelta al hogar, a sus amorosos y perdonadores brazos.

La justicia del Padre (Luc. 15: 22-24)

Para cuando regresó a su casa, las ropas y el cuerpo del hijo eran un puro desastre. Sus vestidos y él mismo estaban impregnados de la suciedad, el olor y el lodo de la pocilga. Sin embargo, el padre lo abrazó y pidió que le trajeran una ropa costosa y joyas. El lamentable estado del hijo representa nuestra condición antes de que acudamos a Cristo. Somos pecadores por naturaleza, y por lo tanto nuestros pensamientos, palabras, acciones y deseos, manchan nuestras vidas. Las ropas del padre representan la pureza y la justicia de Jesús. Revestidos de su justicia, podremos enfrentar a nuestro creador, salvador y señor Jesucristo. Debemos siempre recordar que no hay nada que podamos hacer con el fin de granjearnos su buena voluntad. Las ropas limpias, el anillo, los zapatos, no eran cosas necesarias sino muestras especiales de gracia. El padre no tan solo estaba supliendo las necesidades de su hijo, sino que estaba dando muestras del amor y el gozo que embargaban su corazón.¹

Nuestra respuesta (Luc. 15: 28-32)

El hijo mayor, puede representar a algún dirigente de la iglesia, o a un prominente miembro de la comunidad. Él quizá piensa que los miembros de algunas razas son personas inferiores. Que una persona desempleada no merece que se le ofrezca un trabajo. Piensa que él siempre ha tenido un empleo y que ha trabajado muy duro. Alguien como el hijo pródigo no es más que un fracasado. Alguien que nunca tendrá éxito en la vida.²

¿Cómo reaccionamos cuando un pecador entra al redil de Dios? ¿Actuamos como el hermano mayor? Muchas veces los cristianos de mayor experiencia piensan que los «nuevos» no son personas sinceras. Sospechan de los nuevos conversos y no

están dispuestos a acogerlos. Muchos no creen, o aceptan, que los demás pueden también necesitar la gracia salvadora de Dios, o que la merecen. Por tanto, se convierten en obstáculos para las almas, que de otra forma Dios podría incentivar. A diferencia del hermano mayor, debemos darles la bienvenida a aquellos que han decidido seguir al Señor. Debemos ayudarlos y amarlos. Cuando el hijo pródigo regresó a su hogar, sentía la necesidad de ser aceptado; y eso fue precisamente lo que su padre hizo.

Dios anhela que cada uno de nosotros encuentre la salvación en él.

El amor que Dios ha derramado sobre nosotros, el mundo lo necesita hoy más que nunca. Muchas almas acuden a diario a nosotros, y nuestra reacción decidirá si se quedan en la casa de Dios, o si se marchan de nuevo a las tierras lejanas del reino del pecado. Dios anhela que cada uno de nosotros encuentre la salvación en él. Él nos ofrece la salvación y nos pide que compartamos su ofrecimiento con los demás.

«Cristo ha provisto fuerza y gracia para que los ángeles ministradores las comuniquen a toda alma creyente. Nadie es tan pecador que no pueda hallar fuerza, pureza y justicia en Jesús, quien murió por todos. Él está aguardando para quitarnos nuestras vestiduras manchadas y contaminadas de y ponernos los blancos mantos de justicia. Nos ofrece vida y no muerte».³

1. Ver comentario sobre Lucas 15 en: *Comentario bíblico adventista*, t. 5.

2. Ver el comentario respecto a esta parábola en: *The Interpreter's Bible*, t. 8, p. 279.

3. *El camino a Cristo*, pp. 80, 81.

Regresando

«En la parábola del hijo pródigo, se presenta el proceder del Señor con aquellos que conocieron una vez el amor del Padre, pero que han permitido que el tentador los llevara cautivos a su voluntad».¹

«El amor de Dios aún implora al que ha escogido separarse de él, y pone en acción influencias para traerlo de vuelta a la casa del Padre. El hijo pródigo volvió en sí en medio de su desgracia. Fue quebrantado el engañoso poder que Satanás había ejercido sobre él. Se dio cuenta de que su sufrimiento era la consecuencia de su pro-

«Saca de sus propios hombros el amplio y rico manto y cubre la forma exangüe de su hijo».

pia necedad, y dijo: “¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré, e iré a mi padre”. Desdichado como era, el pródigo halló esperanza en la convicción del amor de su padre. Fue ese amor el que lo atraía hacia el hogar. Del mismo modo, la seguridad del amor de Dios constriñe al pecador a volverse a Dios. “Su benignidad te guía a arrepentimiento”. La misericordia y compasión del amor divino, a manera de una cadena de oro, rodea a cada alma en peligro. El Señor declara: “Con amor eterno te he amado; por tanto te soporté con misericordia” (Jer. 31: 3).²

«El padre no había de permitir que ningún ojo despreciativo se burlara de la miseria y los harapos de su hijo. Saca de sus propios hombros el amplio y rico manto y cubre la forma exangüe de su hijo, y el joven solloza arrepentido [...]. El padre lo retiene junto a sí, y lo lleva a la casa. No se le da oportunidad de pedir el lugar de un sirvo. El es un hijo, que será honrado con lo mejor de que dispone la casa, y a quien los sirvos y sirvas habrán de respetar y servir».³

«En la parábola no se vitupera al pródigo ni se le echa en cara su mal proceder. El hijo siente que el pasado es perdonado y olvidado, borrado para siempre. Y así Dios dice al pecador: “Yo deshice como a nube tus rebeliones, y como a niebla tus pecados” (Isa. 44: 22).⁴

PARA COMENTAR

1. ¿Qué te enseña esta parábola, en caso que tu vida necesite un cambio de dirección?
2. Piensa en algo que crees te impide tener una relación más íntima con Dios? ¿En qué sentido te apela la voluntad divina para recibirte de vuelta a su seno?

1. *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 158.

2. *Ibid.*, p. 159.

3. *Ibid.*, p. 160.

4. *Ibid.*, p. 161.

Evidencia

Justos o injustos

En el texto de hoy, vemos a Jesús acogiendo a personas que eran despreciadas por los fariseos y los escribas. Las tres parábolas que presenta estaban dirigidas a cuatro grupos de personas mencionados en los versículos 1 y 2. Esta semana nos dedicaremos a estudiar el último de los relatos, el del hijo pródigo, y lo que el mismo nos enseña respecto al don de la justicia que Dios nos imparte.

A veces tenemos que sufrir una gran sacudida, antes de que reconozcamos nuestros pecados.

Por lo general, un hijo recibe su herencia al morir el padre. El hecho de que el hijo menor solicitara una temprana repartición de bienes, demuestra una actitud rebelde y orgullosa respecto a la autoridad paterna; además de que se podía reconocer el egoísmo y la inmadurez que dicha acción representaba. ¿Cuán a menudo hemos mostrado la misma actitud en nuestra relación con Dios?

Los cerdos son animales inmundos. Se suponía que los judíos ni siquiera podían tocarlos. Podemos notar lo bajo que había caído aquel joven, ya que tuvo que aceptar un empleo para alimentar cerdos, y que incluso deseaba consumir la comida de dichos animales. Había llegado al fondo del barril; pero al hacerlo había vuelto en sí. A veces tenemos que sufrir una gran sacudida, antes de que reconozcamos nuestros pecados así como la necesidad de la justicia divina.

El padre representa a nuestro Padre celestial. Él espera con paciencia, con una compasión amorosa, a que regresemos a él con corazones arrepentidos. Nos ofrece todo su reino, restaurarnos a una relación plena con él, en una celebración rebosante de gozo. Obviamente, el hijo mayor actúa igual que los escribas y los fariseos. Su justicia propia les impedía gozarse cuando los pecadores volvían a los caminos de Dios. Su amargura y resentimiento les impedía desarrollar un espíritu perdonador y los cegaba para no ver los tesoros que había delante de ellos.

Esta parábola muestra el carácter de Dios y su deseo de que todos los pecadores regresen a una relación de padre a hijo con él. Los escribas y los fariseos consideraban que algunas personas no merecían ser parte del reino de Dios, y por lo tanto no veían con buenos ojos que Jesús se gozara al compartir con ellos. De aquí que la parábola del hijo pródigo muestre tanto el amor de Dios por quienes están dispuestos a aceptarlo (el hijo pródigo regresa a su padre), como su rechazo de la justicia egocéntrica de los fariseos (el hijo mayor de la parábola).

PARA COMENTAR

1. ¿Por qué Dios les da otra oportunidad a los pecadores?
2. ¿Qué nos enseña el hecho de que el padre continuara amando a su hijo?
3. Cómo podemos librarnos del sentimiento de la justicia propia?

El vínculo entre el vestido y la justicia

Zacarías 3: 1-4

La Biblia nos muestra el amor de Dios, y en varios lugares explica lo que Dios hace para redimir a los seres humanos. El libro de Zacarías y el relato del hijo pródigo son dos de esos pasajes. Las vestiduras sucias del hijo errante y de Josué, el sumo sacerdote, representan nuestra condición irredenta y nuestros pecados. El cambio de ropas sucias por limpias en los dos incidentes, representa la forma en que Dios transforma nuestra naturaleza pecaminosa y nuestros pecados, cubriéndonos con la justicia de Cristo. Mientras que Dios realiza ese cambio, nosotros debemos:

Si lo crees con fe, verás cómo Dios te reanima.

Aceptar que estamos perdidos. Esto incluye confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos. Cuando lo hacemos, todo el cielo se regocija y el Padre nos perdona. «Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad» (1 Juan 1: 9).

Demos un paso por fe. Haz un esfuerzo por buscar al Señor y permanece en su presencia. «Ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado, porque la semilla de Dios permanece en él; no puede practicar el pecado, porque ha nacido de Dios» (1 Juan 3: 9).

Espera en el Señor y confía en él. Él te dará nuevas fuerzas (Isa. 40: 31). Reclama sus promesas para que te guíe y enderece tus caminos. Si lo crees con fe, verás cómo Dios te reanima.

Acepta a quienes llegan al redil necesitando ropas nuevas. No seamos como el hermano mayor, quien con su agria actitud actuaba peor que el hijo errante.

Antes de su ascensión Jesús prometió enviar al Espíritu Santo para que fuera nuestro ayudador y consolador. Él cumplió esa promesa durante la fiesta del Pentecostés. Hoy, quienes somos llamados por su nombre, sabemos que no somos huérfanos porque él siempre está con nosotros mediante la presencia de su Santo Espíritu.

PARA COMENTAR

1. ¿Por qué a veces creemos que no somos dignos de ser perdonados? ¿Cómo puede la Biblia ayudarnos e iluminarnos?
2. Si tú estás perdido o perdida, y no encuentras el camino de regreso a casa, ¿cuál debe ser tu primer paso?

Opinión ¡Ayúdame, Señor!

La parábola del hijo pródigo nos presenta un tema que Jesús deseó enfatizar durante su ministerio terrenal: la justicia propia. Esa justicia era el mayor problema que enfrentaban los fariseos. Al igual que el hermano mayor, no reconocieron que la bienvenida del hijo pródigo implicaba la resurrección de alguien muerto en el pecado. Más bien, consideraron que aquella era una oportunidad para demostrar sus talentos. Con el fin de explorar más profundamente la justicia propia, me gustaría examinar otra parábola en la que Jesús interpela a los fariseos. Puedes leerla en Lucas 18: 9-14. Luego observa lo siguiente:

El fariseo, rico en méritos y autoestima, se marchó vacío.

La diferencia entre el publicano y el fariseo. A los fariseos no les preocupaba en qué condición estaban sus corazones. Lo único que les importaba era aparentar que eran piadosos. Amaban las alabanzas de los hombres más que la honra de Dios. Los cobradores de impuestos eran conocidos por exigir más de lo que les correspondía, y eran considerados como gente inescrupulosa y de mala calaña. Sin embargo, el publicano de la parábola reconocía su necesidad de ser salvo.

La diferencia en el comportamiento de ambos. El fariseo se paró donde todos podían verlo. El publicano, sin embargo, se paró a cierta distancia; mantenía su cabeza baja y se golpeaba el pecho.

La diferencia en sus plegarias. El fariseo alardeaba de su bondad y se comparaba con los ladrones, con los adúlteros y con el cobrador de impuestos que estaba también en el templo. El publicano reconocía que era un pecador y clamaba pidiendo misericordia.

Diferentes respuestas a las plegarias. Jesús dijo que el publicano se había ido a casa plenamente justificado. Al humillarse fue exaltado por Dios. El fariseo, por otro lado, no fue justificado y por ende no pudo ser exaltado. El publicano era alguien «pobre en espíritu», por tanto fue justificado. El fariseo, rico en méritos y autoestima, se marchó vacío.

El asunto que debemos entender claramente es que todos necesitamos experimentar el verdadero arrepentimiento, sin que se tomen en cuenta los actos externos. No son nuestras virtudes ni nuestras costumbres lo que impiden nuestra salvación, sino el sentimiento de orgullo de que somos importantes. Esa autoestima es lo que nos impide aferrarnos a la cruz y aceptar la justicia de Cristo.

PARA COMENTAR

1. ¿Cuán a menudo te ha impedido tu orgullo contemplar tu real condición espiritual.
2. ¿Por qué no es posible experimentar la salvación sin antes escudriñar el corazón?

PARA CONCLUIR

El relato del hijo pródigo tiene algo para todos: para aquellos que sienten la carga pesada de sus culpas, y para los que no lo hacen; para quienes se han apartado del Señor y para los que no lo ha” hecho. Como se observa, cada uno de nosotros debe experimentar el amor sin condiciones de un Padre misericordioso.

CONSIDERA

- Representar esta parábola en tu clase de Escuela Sabática. Vas a necesitar que alguien escriba un libreto así como algunos actores.
- Redactar un breve párrafo respecto a cada personaje que aparece en la parábola del hijo pródigo. Trata de relacionarlos con algún aspecto de tu vida.
- Visitar un lugar donde críen cerdos. Observa el ambiente, los olores, y piensa qué debe haber sentido el hijo pródigo al tener que vivir y comer en un lugar así.
- Acercarte a un nuevo converso, o a un miembro antiguo; dejándole saber el gozo que su llegada a la grey le ha proporcionado a la congregación y también a ti. Quizá tu iglesia, o la clase de Escuela Sabática, pueden organizar un almuerzo de bienvenida para dicha persona.
- Escuchar algún himno o canción favorita, que hable del perdón divino.
- Preparar un listado de personajes bíblicos a quienes les fue perdonado algo. Incluye sus nombres, las faltas cometidas y lo que hicieron luego de recibir el perdón.
- Escribir una carta dándole las gracias a alguien que te ha perdonado, o que ha sido un ejemplo del perdón divino.

PARA CONECTAR

Mateo 22: 1-13; Juan 8: 1-12; 1 Juan 1: 8-2: 1. *Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 16. Timothy Keller, *The Prodigal God* (Nueva York: Dutton, 2008).